

puede uno desembarazar sino en fuerza de *vigilancia* y de *lucha*. Sin *vigilancia* y sin *lucha* se continúa haciendo lo que se ha hecho, se recae sin cesar en las mismas negligencias, en los mismos errores, y al cabo de uno, cinco, diez ó veinte años, se encuentra uno en el mismo punto del camino de la virtud, si no es que la pendiente del hábito hace descender más abajo.

Cuidado, pues, con el hábito y la rutina, la ilusión, el mundo, el demonio y la carne.

¡Vigilad! y

4.º *Orad.*

Sin Dios nada podéis: esto es una gran verdad.

Orad, pues, aun cuando el orar os cueste trabajo, como sucede á veces por nuestra suma miseria.

No hagáis largas oraciones, con tal de que las hagáis bien.

Orad por la mañana, orad por la noche, orad particularmente el domingo, orad en los días de grande festividad: estos son los días de oración.

Orad si estáis alegres, orad en el sufrimiento, en la tentación.

Orad con humildad, con fe, con perseverancia.

Orad en nombre de nuestro Señor Jesucristo.

* * *

Hé aquí el corto sermón del misionero.

Reflexionad, preved, velad y orad.

Si estas cosas practicáis, iréis derechamente al Paraíso.

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.
Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.º EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINÚA.)

Así fué que, apenas repuestos del primer terror que les hizo caer, corrieron á Jerusalem á contar pormenorizadamente á los príncipes de los sacerdotes lo que habían visto y oído. ¿Es posible recusar estos testigos que son hostiles, que son muchos y que están uniformes en su dicho?

Pero la verdad de la resurrección está confirmada más luminosamente aún, por las medidas contradictorias y ridículas á que recurrieron los príncipes de los sacerdotes al oír esta nueva. «¿Qué hæcer?» se dicen consternados: si dejamos correr este rumor por el público, todo el mundo creerá que Jesús el nazareno es Dios é irán en su seguimiento; y los que lo crucificamos nos veremos cubiertos de oprobio y de vergüenza. Toman, pues, el partido de corromper á los guardias con dinero para que estos mismos propalen el embuste de que los discípulos de Jesús se aprovecharon de hallarlos dormi-

dos para robar el cuerpo de su maestro. «Miserio y ridículo expediente, dice San Agustín; porque en ningún tribunal se da crédito al testimonio de hombres que duermen. Si en efecto dormían, ni vieron ni pudieron ver nada; si no dormían, debieron impedir el robo. En el primer caso tuvieron una negligencia culpable; en el segundo, una culpable conivencia, y en cualquiera de los dos merecen un castigo.» Y sin embargo, no se les inquieta en lo más mínimo. Más todavía: los discípulos, estos pretendidos ladrones, no fueron ni buscados ni perseguidos. Y semejante indulgencia de parte del Sanhedrín para con unos y con otros, ¿no es prueba irrecusable de que eran inocentes á sus ojos y que semejante robo no fué otra cosa sino una venda que se quiso poner á los ojos del público? Otra prueba todavía más convincente queda contra la aseveración de los príncipes de los sacerdotes: ¿Cómo hacer creer que todos los guardias se durmieron á la misma hora? ¿cómo imaginar que se pueda levantar y rodar una enorme piedra sin despertarlos? ¿cómo suponer en los discípulos, que eran demasiado tímidos, el valor de realizar un robo tan audaz, tan difícil y tan peligroso? ¿qué interés podía llevarlos á intentarlo? Ó esperaban que Jesús resucitaría según su promesa, ó no. Si lo esperaban, ¿qué necesidad tenían de substraer su cuerpo? Si no lo esperaban, ¿de qué les serviría este cuerpo en su poder? En caso de no resucitar, ningún beneficio podían esperar; y por otra parte, divulgando la noticia de su resurrección

contra la verdad del hecho, se exponían á encarcelamientos, á vejámenes y á la muerte.

Por este conjunto de circunstancias, fácil es comprender que la aseveración del Sanhedrín fué la más absurda, la más miserable de todas las invenciones.

2.º *Por las diferentes apariciones del Salvador.*— Porque apareció primeramente en el mismo día á Magdalena, á quien llamó por su nombre: *María, no quieras tocarme*; después á las otras mujeres que llegaban al sepulcro para embalsamarlo; en seguida á San Pedro; á los discípulos que iban á Emmaus; á los Apóstoles reunidos; y finalmente, á todos los discípulos que eran más de quinientos. No se limitó, pues, á dejarse ver una ó dos veces á hurtadillas; porque si así hubiera sido, habría lugar de temer un fraude ó una impostura; dejóse ver durante cuarenta días, de varias maneras, en diferentes lugares, en distintas ocasiones, en diversos tiempos y en circunstancias siempre nuevas. Conversa con sus discípulos, come con ellos, camina con ellos y les permite tocar y palpar su cuerpo: *Ved mis manos y mis pies, que yo mismo soy: palpád y ved: que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.* (San Lucas, XXIV. 39.) ¿Puede suponerse una ilusión en medio de tan completa evidencia? Si los discípulos dudaran en la primera aparición, la segunda les convencería; si aun vacilaran con la segunda, la tercera desvanecería cualquiera incertidumbre.

Pero ¿por qué no se mostró, diréis, más que á sus discípulos? ¿Y por qué no también á Herodes, á Pi-

latos, al Sanhedrín que le condenaron? Esto hubiera sido para Jesucristo un triunfo aun más glorioso y una humillación mayor para sus enemigos.

Respondemos: aunque no pudiéramos dar ninguna razón del proceder que tuvo el Salvador en sus apariciones, no por eso sería menos cierta su resurrección, que de todos modos está apoyada en pruebas positivas incontestables. Dios habrá tenido sus muy buenas razones y sus fines para no manifestarse á los malvados, y esas razones y esos fines serán siempre dignos de su sabiduría, aunque ocultos á nuestra inteligencia. Y se puede añadir también que el horrendo deicidio que cometieron aquellos hombres inicuos, su obstinación, su ceguera voluntaria y su perfidia, no merecían que Jesucristo se les mostrase después de su resurrección, sino que quedaran justamente abandonados en su pertinacia.

Mas con todo, replicaréis, parece que esas apariciones habrían podido convencerles y confundir su incredulidad.—No; nada menos cierto que esto, y no es mucho aventurar el decir que muy probablemente no se hubieran rendido y que su incredulidad tampoco habría quedado confundida; porque si habían resistido á la evidencia de tantos otros prodigios obrados á su vista, si los habían atribuido á magia y arte diabólicas, exactamente lo mismo dirían de las apariciones de Jesús. ¡Ay infeliz de quien quiere ser incrédulo por maldad y depravación de corazón! No hay evidencias que logren convencerle.

Por otra parte, preescindiendo de lo que hubiera

podido suceder, no olvidemos este importantísimo principio, que la Providencia debe presentarnos pruebas suficientes para inclinar nuestro asentimiento á la verdad, pero no nos da todas las que pudiera suministrarnos para obligarlo y estrecharlo; pues que si por una parte quiere que nuestra fe sea razonable, quiere, por otra, que sea meritoria; y ciertamente que no lo sería, y hasta dejara de ser fe, si se viese forzada por una completa evidencia.

El hecho es que la creencia en la resurrección ha sido abrazada por una gran multitud de judíos y de idólatras, ó mejor dicho, por el mundo entero que se hizo cristiano. Lo cual quiere decir que siempre ha sido una verdad suficientemente justificada; de otro modo, nuestros adversarios tendrían que explicarnos cómo es que se ha creído por todos una cosa increíble. Además, los Apóstoles que á voz en cuello predicaban esta creencia, estaban tan profunda y firmemente convencidos y persuadidos de ella, que dieron su sangre y su vida por defenderla.

Este *testimonio intrépido y firme* dado por los Apóstoles acerca de la resurrección de Jesucristo, es otra prueba irrecusable de su verdad. Porque si algunos se mostraron poco dispuestos á admitirla en el principio, fueron ciertamente los Apóstoles, que á duras penas habían creído las enseñanzas del Salvador; y por lo mismo, á su muerte, quedaron en extremo desalentados; ó por mejor decir, su muerte en la cruz había hecho desvanecer la poca fe antes prestada á sus predicaciones. Así pues, tomaron como un sue

ño, un delirio, una quimera el relato de las piadosas mujeres, que fueron las primeras en ver á Jesús resucitado. *Y ellos tuvieron por un desvario estas sus palabras: y no las creyeron.* (San Lucas XXIV. 11.)

La primera vez que el Señor apareció en el cenáculo, los Apóstoles se llenaron de espanto, como á la vista de un espectro ó de un fantasma.

Santo Tomás, que estaba ausente, acogió el relato de los Apóstoles como una superchería, y protestó que no lo había de creer sino hasta que metiese el dedo en la abertura de las llagas del Salvador. *Sino viere en sus manos la hendedura de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no lo creeré.* (San Juan XX. 25.) Y fué indispensable que Jesús apareciese de nuevo para darle la prueba que exigía.

(CONTINUARÁ.)

MORAL

LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD.

(CONTINÚA.)

«Pero después que la luz del cielo le cercó con sus resplandores y cegó sus ojos é ilustró su mente, en el instante mudó por completo, y el perseguidor del nombre de Cristo, lo llevó por todo el orbe ante los reyes y los príncipes; el que antes se empeñaba con todas sus fuerzas en destruir la Iglesia, después trabajó más que nadie en edificarla; el que consideraba necias y ridículas las doctrinas cristianas, en-

seña después que solamente la Iglesia de Jesucristo es la columna y el fundamento de la verdad.

«¿Cuál fué la causa de tan admirable mutación? ¿Quién persuadió á Pablo de lo que antes no pudieron persuadirle ni las palabras ni los milagros? No más la unción del Espíritu Santo; la unción le enseñó; tuvo por maestro y testigo á aquel de quien decía San Juan: *El que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí mismo el testimonio de Dios.*

«¿No habéis leído lo que San Agustín asegura de este testimonio? Oiré, dice, y entenderé cómo en el principio hiciste el cielo y la tierra: esto lo escribió Moisés; lo escribió y desapareció, pasó de este mundo á ti y ahora no está delante de mí. Si estuviese, lo detendría, le rogaría, le suplicaría por ti que me explicase, y escucharía con mis oídos las palabras que saliesen de su boca: mas si hablase en hebreo, en vano heriría mi sentido, pues sólo hablando en latín le entendería. Pero ¿cómo sabría yo que me decía la verdad? y si esto lo supiera, ¿por ventura lo sabría de él? interiormente me lo diría la verdad; interiormente, allá en la residencia del pensamiento, y no en hebreo, en griego, en latín, sin lengua ni órganos, sin sonido de sílabas. Dice la verdad, y yo cerciorado diría á tu varón: es la verdad.»

Tal es la luz de la fe, cierto testimonio de Dios que en el santuario de nuestro corazón nos dice: Así es, no lo dudes.

III

Ventajas de la Fe.

El don celestial de la Fe, es una fuente de inestimables beneficios para el hombre: no hablemos de las ventajas sobrenaturales, que si es una virtud necesaria, como lo hemos probado, lo es precisamente para acercarse á Dios, para agradar á Dios, para salvarse y en consecuencia para gozar de Dios: descendamos un poco y veámosla bajo otro aspecto, es decir, en cuanto al influjo que ha tenido, tiene y debe tener en la cultura del espíritu humano.

Podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que en tanto ha marchado el mundo por la verdadera civilización, en cuanto ha sabido llevar en su mano la antorcha de la fe; y en tanto retrocede ó se desvía, en cuanto que desprecia tan importante guía. Téngase en cuenta lo que hemos dicho ya: que la verdadera civilización importa el adelanto uniforme del saber, de la moralidad y del bienestar de los pueblos, pues el hombre no solamente consta de cuerpo, sino de alma espiritual é inmortal; «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios;» no sólo es un ser intelectual, sino que también es un ser moral y social. Por tanto, nos atrevemos á llamar enemigos de la civilización á los enemigos de la Fe y á cuantos directa ó indirectamente contribuyen á desterrarla de los pueblos.

Con la fe entra nuestra dichosa alma en posesión quieta, segura, infalible del más rico tesoro de verdades que son capaces de saciar á la curiosa y sedienta razón y de dirigir á la veleidosa voluntad. El simple fiel, el más humilde hijo de la Santa Iglesia Católica, se remonta en alas de la fe y llega á donde no llegaron ni pudieron llegar los más sabios filósofos en sus más sublimes especulaciones.

Muchos filósofos de la antigüedad trabajaron con esfuerzos heroicos é inquebrantable constancia por acrecer el tesoro sobre todo de la moral y de la ciencia social ó política; pero, como quiera que estuvieron privados de la luz de la fe, sucedió que su Filosofía era un monstruoso conjunto de verdades y de errores, de certidumbre y de dudas.

Además, ese deficientísimo saber tenía que ser herencia de muy pocos que por afición natural, tiempo y otras circunstancias favorables podían con holgura dedicarse al estudio, adquirir copias y escuchar á los maestros. Pero la sociedad en general, el común del pueblo vegetaba muy trabajosamente en la obscuridad de la ignorancia, respirando la pestilente atmósfera de todos los vicios y agobiado bajo el peso de la más ominosa degradación.

¿Qué era el singular talento, la arrebatadora elocuencia y el prestigio semidivino de los filósofos para oponer dique infranqueable á la corriente impetuosa de los errores y de la inmoralidad que iba precipitando al pueblo de abismo en abismo? Parece que todo se encaminaba á recordar al hombre la

grandeza de su origen y de su destino, así como la profunda degradación en que se había hundido; esa mezcla de poder y de impotencia, era sin duda el más cruel y humillante castigo del orgullo humano: finalmente, lejos de unirse todos los hombres bajo el estandarte de una gran verdad conquistada, multiplicábanse las opiniones dentro de la misma escuela, porque no había freno que detuviese al entendimiento en el camino de las cavilaciones.

Pero por ventura nuestra, Dios misericordioso se reveló á los hombres del modo más inefable. La Sabiduría del Padre, el mismo Verbo Divino se hizo hombre y habitó con nosotros; y «vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad:» y éste era Jesucristo que nos enseñó con su palabra, vida y ejemplo el camino del cielo. Quiso el amorosísimo Jesús que los resplandores de su doctrina se extendiesen á todo el mundo y que en consecuencia todos los hombres sin excepción de pueblos ni de razas supiesen y creyesen su doctrina, que todos conociesen y practicasen su moral y que todos participasen de los frutos de la redención.

Quedaron, pues, las más sublimes verdades por medio de la fe al alcance de los grandes y de los pequeños, de los potentados y de los menesterosos, de los sabios y de los ignorantes, de la aristocracia y del pueblo.

Hay más todavía: si esta fe sobrenatural ha sido el verdadero sol de la inteligencia humana, principalmente en el orden de la gracia; porque ha disi-

pado las tinieblas en que el hombre yacía sumergido; es al propio tiempo remedio radical contra una funesta enfermedad de la razón caída: el orgullo.

La Sagrada Escritura, la filosofía y la experiencia, nos enseñan de consuno que la soberbia es el principio de todo pecado y, añadiremos, que en especial lo es todo error, error formal contra la religión y la filosofía. Limitémonos al terreno religioso. Si las grandes verdades reveladas no contaran con un poderoso muro, á saber la fe, la creencia indiscutible, ¿qué sucedería? Es cierto que la razón apenas se da cuenta de sí misma cuando se alucina con el poderío de sus propias fuerzas; todo desea, y se figura locamente que todo lo puede; forcejea por sacudir cualquier yugo que la sujete y á veces no perdona ni el de la disciplina más indispensable para pensar con rectitud; hasta la lógica le estorba y la conculca. En tan lamentables circunstancias, encuéntrase la pobre razón amenazada de muerte; es como un navío que careciendo de timón y de lastre, corre peligro en las inquietas y encrespadas olas de los mares; es como un árbol que careciendo de raíces, no puede resistir al furor de los vientos; es como un edificio que cimentado sobre movediza arena, tiene que cuartearse y desmoronarse al impulso del más ligero terremoto.

Pero la fe, sin degradar en nada á la razón, la domina suavemente y la sujeta con áureos é indisolubles lazos á la autoridad, no humana, sino divina, y la hace participante de la infalibilidad de Dios; por-

que quien cree firmemente lo que el Señor se ha dignado revelarnos y nuestra Madre la Santa Iglesia nos propone, ni se engaña ni engañarse puede. Por esto es que la fe cuando alcanza que la razón haga el noble y generoso sacrificio de sí misma, la hace humilde y la enaltece, es decir, pone eficaz remedio al orgullo que puede extraviarla y perderla.

La fe ha entusiasmado é impelido á todos los apóstoles y misioneros católicos de todos los siglos de la era cristiana, á recorrer el mundo en todas direcciones para convertir á los hombres y conseguir que al paso que participasen de los beneficios de la redención, quedasen incorporados á la corriente de la única verdadera civilización que es la que ha sido engendrada y vivificada por la idea católica.

Sobre los escombros de los monumentos paganos, la fe de Jesucristo ha erigido bellísimos templos al verdadero Dios Creador del cielo y de la tierra: ha logrado abolir el culto supersticioso y sangriento que los hombres tributaban á los ídolos, y lo ha substituído con la adoración en espíritu y en verdad, con el culto consolador, poético, sublime y divino de la religión católica.

Esta fe ha sido manantial perenne de inspiración para las ciencias y para las artes, especialmente para la arquitectura, la pintura, la poesía, la retórica, la música. Id á las grandes catedrales que en toda Europa nos legara la Edad Media; en su recinto espacioso y sagrado parece que se respira aliento de fe; allí los mismos impíos sienten sonrojo de sus pro-

pias blasfemias y dudas, y forzosamente suspiran por la dulce tranquilidad de una alma que cree y que ora. En efecto, ¿cómo no ha de percibir nuestro espíritu la elocuencia de esas bóvedas á donde apenas alcanza la vista; de esos altares con sus reliquias, sus imágenes, sus cirios; de esas columnas en que San Juan Crisóstomo veía representada la inflexible rectitud del justo? Y ¿qué diremos del vastísimo campo que la fe ha ofrecido á las alas del genio de la pintura, de la poesía, de la elocuencia? Es materia inagotable la vida, pasión y muerte de Jesucristo; porque en el más pequeño detalle, según dice San Bernardo, hay mucho que admirar, mucho que amar y mucho que imitar; y luego siguen el celo de los apóstoles, la pureza de las vírgenes, los triunfos de los mártires y, en fin, las heroicas virtudes de todos los santos.

(CONTINUARÁ.)

VARIETADES

X

LA VIDA CRISTIANA.

Atiende bien á las cuatro frases que siguen; porque valen más que otros tantos volúmenes:

Fija tu mirada en Dios;

Toma por modelo á Jesucristo;

A la Virgen María por abogada,

Y ofrécete al Señor en sacrificio.

Hé aquí la fórmula más exacta, más cabal y más

atractiva de la vida cristiana. ¿Quién la inventó? No lo sé; pero ¡qué importa, si es una fórmula magnífica que te envió, oh querido Teófilo, como el mejor de los dones que ofrecerte pudiera!.....

* * *
Fija tu mirada en Dios.

¡Sí, Dios me sacó de la nada! ¿Para qué? Para conocerle, amarle, servirle, y de este modo llegar un día á poseerle. ¡Hé aquí todo! Mas hay en el mundo quienes viven sin otro anhelo que hacer fortuna! ¡Insensatos! No; no es nuestro fin el vil metal, no lo es.

Corren otros en pos de los honores, y deliran por llevar un nombre ilustre. . . . ¡Insensatos! No; no es la humana gloria nuestro fin. . . . no, no lo es.

¿Y los que buscan solamente el placer? ¡Insensatos! No; ni siquiera los goces legítimos de la tierra son nuestro fin. . . . No; no lo son.

Levanta tu frente, alza tu mirada, mira bien y marcha. La vida es el camino que nos lleva á Dios.

Adelante pues; prosigue, avanza hasta Dios en todos los instantes del día y de la noche, en cada pensamiento, en cada palabra, en cada obra! Ofrecele al Señor lo mismo el día que la semana, lo mismo el mes que el año y que la vida entera. . . .

¿No tiene derecho á ello?

¡Fija, pues, tu mirada en Dios!

Toma á Jesucristo por modelo.

¡Dios es nuestro fin! ¡Jesucristo es el camino!

Ego sum via.

¿Qué debemos pensar de los placeres? Lo que de ellos piensa Jesucristo.

¿Qué de la gloria? Lo que de ella piensa Jesucristo.

¿Qué de las riquezas? Lo que de ellas piensa Jesucristo.

¿Y qué debemos decir y qué debemos hacer respecto á los enemigos, respecto á los pobres, y con relación á los trabajos y penalidades?

Lo mismo que dijo é hizo Jesucristo.

Lejos, pues, de nosotros el mundo, sus máximas y sus obras! Y abracémonos para siempre de los preceptos, de los ejemplos y del Evangelio de Jesucristo, que llevaremos perpetuamente grabados en la memoria, en el corazón y en todo nuestro ser.

¡Toma por modelo á Jesucristo!

* * *

Ten á María por abogada.

¡Guardar el corazón en la pureza es muy difícil!

¡Y no lo es menos renunciar á la venganza!

¡Difícil es la guarda de los mandamientos de Dios y de la Iglesia!

¡Y difícil es alcanzar el Paraíso!

¡¡¡Pero contamos con María!!!.

«Si tuviese yo una María—dijo una vez el demonio por boca de un poseso—saldría del infierno.»

¡Nosotros sí tenemos una María!

Y ofrécete al Señor en sacrificio.

María es nuestro auxilio y muy poderoso. Si atendiera nada más que á su amante corazón, haría ella por sí sola nuestra obra y nos llevaría al Paraíso; pero escucha á su divino Hijo que dice:

«Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame.»

Y María nos anima diciéndonos:

¡Iremos juntos!... Juntos iremos, sí; pero por esto mismo entendemos que cada uno de nosotros tiene que trabajar de su parte!... La salvación sin esfuerzo es imposible!... Ni puede haber santidad sin mortificaciones!...

Hay quienes se imaginan ser santos porque *sienten* que aman á Dios; porque experimentan *gusto* en la oración; pero ¡ay! no son capaces de resistir á un capricho, de imponerse una privación y de ordenar su conducta. Por lo cual su santidad no es verdadera, sino ficticia; es santidad imaginaria, santidad que nada vale.

La vida es un combate y no un festín. Es camino de perpetuo, de incesante sacrificio! ¡Dichoso quien lo recorra con amor! ¡Feliz quien gozoso se inmole cada día en el servicio de Dios y del prójimo!

No hay duda, aquella fórmula es de oro, amado Teófilo. En cuatro palabras nos enseña lo que es la vida cristiana, lo que debe ser tu vida! Guárdala cuidadoso en tu memoria y medítala con frecuencia:

Fija tu mirada en Dios;

Toma por modelo á Jesucristo;

A la Virgen María por abogada,

Y ofrécete al Señor en sacrificio....

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.^a EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINÚA.)

Pues bien, si los Apóstoles, después de haber manifestado al principio tan grande repugnancia á creer en este misterio, se convierten en sus predicadores ardientes y celosos hasta el extremo de sufrir los tormentos más variados y la misma muerte antes que dejar de predicarlo, esto prueba que la evidencia y la fuerza de la verdad les estrechaba á dar ese tan invicto testimonio; pues sería la más inconcebible locura perder la vida por engañar á los demás y sostener á un impostor.

La consecuencia de todas estas pruebas es que la resurrección de Jesucristo es un hecho, una verdad incontestable. Pero una vez establecida esta verdad, lo está también la divinidad de Jesucristo y la de la religión cristiana que le reconoce por autor y fundador. No es, pues, vana nuestra fe, ni es inútil nuestra predicación.